

CILAMPA N°8 (Junio. 1987)

*cilampa* 8

## Apuntes para una nueva lectura de Pedro Páramo

Una de las preocupaciones más frecuentes, tanto de la crítica especializada como del lector común de Pedro Páramo, es tratar de determinar si los personajes de la novela están vivos o muertos, sobre-todo a partir del fragmento 33 (numerándolos del 1 al 66), es decir, cuando el narrador personaje Juan Preciado dice: "Fue lo último que ví". A partir de este problema se postulan diferentes tipos de interpretaciones pero siempre subordinadas a ofrecer una posible respuesta a esa interrogante.

¿Cómo se podrían traducir esas interpretaciones en otras palabras que muestren más claramente lo que realmente se está haciendo con la novela? Uno de los primeros pasos de la crítica para tratar de resolver ese problema consiste en "normalizar" el orden de los fragmentos. Esto significa, primero que nada, alterar el orden propuesto por la novela (desordenarla) y sujetar los fragmentos a otro orden, el que parece más normal, es decir el orden cronológico.

La crítica realiza entonces una operación que, en vez de preguntar ¿cuál es el orden que propone el texto?, le impone nuestro orden cotidiano, que, en vez de tratar de acercarse a la novela, exige que ella se acerque a nuestro orden.

En el fondo de esta operación hay otro asunto más complejo y que tiene que ver con lo que es un relato. Uno de los rasgos que definen un relato es la confusión entre temporalidad y causalidad. Tal y como lo explica Roland Barthes en su artículo "Introducción al análisis estructural del relato" (1966), el resorte de la actividad narrativa es esta confusión, que lleva a leer un fragmento del relato como consecuencia de lo que antecede.

Barthes habla de una "ilusión cronológica": el relato nos hace creer que los acontecimientos narrados se suceden en un tiempo parecido o idéntico al tiempo con que regulamos nuestras acciones cotidianas, es decir, en términos de minutos, horas, días, meses, años. En el relato más bien se trata de una serie de unidades que producen un efecto de sentido "temporalidad" con la finalidad de hacer más verosímil lo narrado.

El problema central señalado al principio -determinar si Juan Preciado y los demás personajes están vivos o muertos desde el inicio de la novela, a partir de la mitad, o no-, se estudia igualmente aplicando categorías referenciales como las indicadas para el problema del tiempo. Algunos críticos proponen que personajes están muertos desde el inicio, y que cuando Juan Preciado llega a Comala, está representando simbólicamente la bajada a los infiernos, más o menos como hicieron algunos héroes de la mitología grecolatina. Para esos críticos basta esta interpretación para dar por explicada la novela. Con el objeto de fundamentar tal idea, se hace mención frecuentemente de otros indicios que proporciona el texto, como las referencias de algunos personajes en términos de fantasmas o muertos que vagan con el alma en pena.

En el fragmento 33 ("El calor me hizo...") una posibilidad que permite el texto es considerar que el personaje-narrador cuenta su propia muerte, es decir, un muerto que relata los instantes de su muerte anterior. En el fragmento 34 se podría encontrar una confirmación de esta idea ya que en la conversación entre Juan Preciado y Dorotea esta afirma que él murió y que ella también está enterrada. Hasta el fragmento

33, "a pesar" de los indicios que empiezan a sugerir al lector desde el inicio de la novela que está entrando en un mundo no corriente, de fantasmas y almas en pena, el personaje narrador Juan Preciado es percibido como vivo; luego se frustra esta percepción y Juan Preciado parece estar muerto PERO sigue narrando, hablando con los demás personajes y oyéndolos. Es precisamente este PERO el que desasosiega al lector y esto sucede porque generalmente el lector común percibe los personajes novelescos como personas o como "representantes" de personas. Si Juan Preciado representa o es una persona, y en el fragmento 34 aparece como muerto, no podría, de acuerdo con ese tipo de percepción, seguir hablando y oyendo. Esto quiere decir que el texto, de alguna manera, contradice las expectativas y el marco de referencia del lector (los muertos no hablan). La novela presenta así ciertas relaciones originales entre el nivel de la enunciación (el narrador) y el nivel del enunciado (la historia, el argumento): Juan Preciado parece vivo como narrador pero parece muerto como personaje. Este cambio no solo afecta el enunciado sino también la narración porque a partir del momento cuando Juan Preciado aparece hablando como personaje muerto, va desapareciendo (muriendo) como narrador. En otras palabras: hay una especie de desdoblamiento del narrador-personaje en términos de narrador vivo y personaje muerto, siempre bajo el marco de la categoría vida/muerte. Esta ruptura está inscrita desde "dentro" de la novela, desde las relaciones mismas entre los niveles del relato, de modo que Pedro Páramo no solo altera un verosímil fuertemente arraigado acerca de la vida/muerte sino que lo hace alterando ciertas reglas del género novela.

Esta alteración del código tiene que ver también con los fragmentos posteriores, donde los personajes que actúan ("vivos" narrativamente) son percibidos como muertos en el enunciado. A partir del fragmento 35 desaparece el personaje Juan Preciado como narrador, la historia se centra en otros personajes, sobre todo Pedro Páramo y los últimos tres fragmentos producen de nuevo la ambigüedad: en el fragmento 65 hay un párrafo que podría indicar la muerte de Damiana a manos de Abundio pero también la muerte de Pedro Páramo: "...mientras que los gritos de Damiana se oían salir más repetidos, atravesando los campos: "Están matando a don Pedro!". Al final del último fragmento Pedro Páramo habla de las "manos ensangrentadas" de Abundio que se le acercará a pedirle ayuda y luego Damiana acude donde él está, antes de que él muera desmoronado.

En síntesis: desde el principio de la novela se presenta una ambigüedad respecto de los personajes y el narrador pues el texto juega con la categoría cultural vida/muerte. La ambigüedad se produce por el desdoblamiento del narrador-personaje en los primeros fragmentos de la novela y porque, de acuerdo con la cultura cristiana occidental, entre la "vida" y la "muerte" hay una frontera inviolable. En Pedro Páramo el texto se comporta ambigüamente con respecto a ese código: en algunos fragmentos parece respetarlo y en otros (como el 33, 34, 64, 65 y 66) presenta una ruptura, como ya se señaló. Es decir, el texto mismo produce una ambigüedad y no la resuelve, se la "deja ahí" al lector asombrado.

Desde este punto de vista no se trata entonces, como hacían algunos críticos, de definir si los personajes están vivos o muertos. Se trata más bien de entender que la novela plantea este problema como una interrogante sin resolución. La deficiencia de algunos críticos consiste en no reconocer esta ambigüedad como parte constitutiva y central de la novela y en tratar más bien de "resolverla", referenciando la novela a los códigos de tiempo y vida/muerte comunes. Como ya se señalaba acerca del problema del tiempo, de nuevo se trata de la misma operación restrictiva y verosimilizante que trata de guiar la lectura destruyendo la ambigüedad que precisamente hace de Pedro Páramo una obra maestra de la literatura.

Margarita Rojas G.